

Premio a una espera que aún no termina

Oficina de Paz y Reconciliación de la Alcaldía recibió una mención especial. "Los queremos vivos, libres y en paz", gritan hace más de siete años. Madres de la Candelaria ganaron el Premio Nacional de Paz 2006.



Por
Glemis Mogollón Vergara
Medellín

Como si las fotos sufrieran con las pisadas o la basura que arrastra el viento por la calle, Teresita Gaviria Urrego cuida que nada toque los carteles en los que se ven rostros de centenares de secuestrados y desaparecidos por los que ella clama desde hace siete años y medio en el atrio de la iglesia Nuestra Señora de La Candelaria.

Empezó pidiendo por su hijo Cristian Camilo Quiroz, bajado de un bus por hombres al mando de Ramón Isaza el 5 de diciembre de 1998, en Doradal, cuando el muchacho tenía 15 años. En la imagen del joven y en las otras fotografías se nota que mucho tiempo ha pasado desde que un 17 de marzo de 1999, a la salida de una misa en La Candelaria, en el centro de Medellín, los familiares decidieron encontrarse todas las semanas a exigir el regreso de los suyos.

"Tenemos un horizonte claro: conseguir noticias o pruebas de supervivencia de los secuestrados o saber dónde dejaron tirados los cuerpos de nuestros desaparecidos", asegura Teresita, mientras su voz casi se pierde con el bullicio de los carros y la gente que atraviesa el parque de Berrío.

Por la perseverancia para reclamar la libertad, por nunca fallar en más de siete años a la cita de los miércoles, por consolarse en fechas cuando deberían sentirse felices y no abatidas (en diciembre o el día de la Madre) y por organizarse como víctimas del conflicto armado, esta octava versión del Premio Nacional de Paz fue para la Asociación Caminos de Esperanza-Madres de la Candelaria, de la que Teresita es su presidenta.

Historias van y vienen



Cuando empezaron, el atrio se llenaba de gente. Familiares de cerca de 30 miembros de la Policía y el Ejército nunca dejaron de asistir hasta 2001, cuando las Farc los liberaron.

La cita no ha variado de día y lugar, pero los asistentes sí

Aunque la afluencia no es tanta como antes, que cada semana llegue al atrio una historia nueva de alguien ausente es para Teresita la triste garantía de que la lucha debe continuar.

"En este atrio cabemos todas, debemos estar unidas, como sea que nos llamemos", comenta al hablar sobre las organizaciones en las que están reunidas ahora las madres: Asociación Caminos de Esperanza-Madres de la Candelaria y Madres de la Candelaria, Línea Fundadora.

Tantos años de espera les han enseñado que no solo basta con gritar consignas. Además de organizarse como víctimas, se han integrado a las actividades de Redepaz, la Comisión Municipal

de Derechos Humanos de Medellín, la Mesa por los Derechos Humanos y la Iniciativa de Mujeres por la Paz. También estudian sobre la ley de Justicia y Paz.

"Encontrarme con Ramón Isaza va a ser muy duro, pero es un paso que tengo que dar", cuenta Teresita de su próximo plan: ir hasta el Centro de Reclusión Especial de Justicia y Paz, de La Ceja, donde el ex jefe de las Auc está recluido, para preguntar por la suerte de su hijo y la de decenas de personas desaparecidas por el grupo armado.

Mañana, ella y otras 40 mujeres que viajan hoy a Bogotá a recibir el premio, repetirán como si fuera un miércoles y estuvieran en el atrio de la iglesia: "Los queremos vivos, libres y en paz".

Clamor de muchas familias

- Cuando vivía en su finca, en el corregimiento Bejuquillo, en Mutatá, Joaquín Emilio Sierra García, se levantaba a las cuatro de la mañana a ordeñar unas cuantas vacas. "Era un roble a sus 84 años", recuerda su hijo Darío Sierra, quien no falta a la cita de los miércoles. Con dolor, acepta que su padre es, quizás, el secuestrado de mayor edad en poder de las Farc, que se lo llevaron el 8 de mayo de 2003.
- La semana pasada, un juzgado le entregó a Lucelly Restrepo el texto del edicto para declarar la muerte presunta por desaparición de su hermano Argiro Restrepo. Está en esas diligencias legales, pero cuenta que su madre no ha perdido la esperanza de que él, un muchacho que trabajaba en la Universidad de Antioquia, vuelva a pesar de que han pasado más de cinco años.
- Raquel George es la madre de Ángela María Torres, desaparecida el 14 de agosto de 2001. Cuando habla de su caso dice: "Con este dolor tan grande, parecemos fantasmas: hablamos, reímos, caminamos, pero tenemos el alma muerta".
- Concepción Hoyos dejó de esperar a su hijo Bernardo Aníbal Cañas, de 29 años. Él estuvo entre los desaparecidos en 2001 por los paramilitares en la comuna 13. "Don Berna (Diego Murillo Bejarano, recluido en la cárcel de Itagüí) reconoció que él había desaparecido a mucha gente del barrio. Solo espero que me digan dónde están los restos".
- Juan Manuel Ríos, de 7 años, no ve a su padre, Julio César Ríos, desde febrero de 2001. Ese mes la guerrilla lo secuestró en el Oriente antioqueño, cuando viajaba al municipio de San Carlos. Nunca ha llegado una prueba de supervivencia. También lo espera su esposa Bernarda Gallego.

Reconocimiento a trabajo con reinsertados

La Oficina de Paz y Reconciliación de la Alcaldía de Medellín recibió la Mención especial del Premio Nacional de Paz como un reconocimiento a la labor que desempeñan las 105 personas que conforman el equipo de trabajo.

Estos profesionales de diferentes áreas desarrollan su acción con los 4.130 desmovilizados de todos los bloques de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc) que por una u otra razón decidieron quedarse a vivir en Medellín.

Desde la oficina se realizan labores de acompañamiento sicosocial, educación, generación de ingresos, fortalecimiento institucional, investigación social, atención jurídica y en salud, y atención a víctimas del conflicto armado.

Jorge Gaviria, coordinador de la oficina, calcula que estas actividades han permitido la intervención de más de 96.000 personas en la ciudad. La tarea de la oficina es transformar los proyectos de vida de los desmovilizados para que dejen de ser a corto plazo y, a través de la capacitación, la educación y el empleo, se conviertan en iniciativas de largo aliento.

Las experiencias ganadoras

- •El primer ganador del Premio Nacional de Paz, en 1999, fue el pueblo de Mogotes (Santander), donde en 1997 después de un ataque del Eln, sus 11.500 habitantes se declararon en Asamblea Constituyente.
- •En 2000, el reconocimiento fue para el Proyecto Nasa de los cabildos indígenas del Norte del Cauca y, en 2001, fue para el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, donde a pesar de la confrontación armada, buscan el desarrollo con equidad y paz duradera.
- •También han resultaron ganadores la Asociación del Municipios del Alto Ariari (Meta), el colectivo de comunicaciones de Montes de María (Bolívar), el Comité de Cacaoteros de Remolino del Caguán y Suncillas (Chocaguán), en Caquetá, y la Guardia Indígena del Norte del Cauca.
- •El año pasado la Diócesis de Quibdó (Chocó) se quedó con el galardón por su trabajo y compromiso con las comunidades indígenas y campesinas, las más afectadas por el conflicto armado.